

La vida *sine querella* de Juan Luis Vives

Ángel Gómez-Hortigüela Amillo
(Universidad de Navarra)

El significado actual de Humanismo no coincide exactamente con el que tuvo en sus orígenes renacentistas. El término “humanismo” aparece por vez primera a principios del siglo XIX y toma carta de naturaleza cincuenta años más tarde en Alemania.

El concepto de humanismo ha llegado a designar todas las tentativas hechas desde la antigüedad en orden a derivar reglas éticas, normas morales, de un determinado concepto del ser del hombre. Busca determinar un modelo de conducta para la vida de los individuos y de la comunidad, mediante el que pueda cada uno lograr la plena realización de sus disposiciones específicas e individuales. En este sentido, todo humanismo se propone mejorar al ser humano a partir de su misma realidad, con independencia de una situación de privilegio por razones de sangre, fortuna o poder político. Responde al deseo personal innato de conseguir una vida lograda.

El Humanismo de Juan Luis Vives

Como veremos, Juan Luis Vives personifica este proceso, con sorprendente exactitud, en su propia biografía intelectual. Desde sus primeros textos, en los que ejercita sobre todo la lengua latina y el estilo de los clásicos, pero en los que se vislumbra ya la preocupación por el ser humano concreto y sus problemas, va ganando terreno ese interés por el contenido de sus obras, encaminadas a mejorar la educación, desarrollo y vida colectiva de los hombres y mujeres de su época. De la inicial preocupación por la forma, se va inclinando cada vez más, sin menospreciar la habilidad lingüística y literaria que ha logrado, hacia el fondo de sus obras.

Los humanistas de los siglos XV y XVI heredan el sentido que en tiempos de Cicerón se daba a la palabra *humanitas* para indicar la educación del hombre como tal, lo que los griegos denominaron *paideia*. Si el movimiento humanista cultiva con tanto esmero las humanidades es porque cree en su capacidad para formar al hombre, para llevarlo de nuevo a su auténtica forma humana. La doctrina expuesta por los humanistas es casi tan variada como su mismo número, pero todos llegan a coincidir en el interés por los problemas morales y humanos, en la afirmación del valor y dignidad del hombre y de su lugar primacial en el seno del universo.

La nueva posición del hombre, propia del Renacimiento, le lleva a asumir el protagonismo de su situación en el mundo, tanto en su comportamiento personal como en su destino último. Los humanistas desarrollan los principios morales a partir de un fundamento inicialmente filosófico, sin que esto implique una ruptura completa con el mundo teológico, y mucho menos con la tradición cristiana. Juan Luis Vives se inscribe en este movimiento intelectual y es considerado uno de los frutos más maduros del Renacimiento por la calidad y hondura de sus obras.

La Filosofía de Juan Luis Vives

Vives encarna una filosofía vital, plenamente humanista, pero con características personales. Durante sus años en Valencia, París, Países Bajos e Inglaterra recibió y contrastó el pensamiento de los principales humanistas de la época. Estuvo presente en la mayor parte de las disputas de su tiempo y tuvo que afrontar abundantes dificultades. Algunos ven en el lema que tomó para su vida –*sine querella*– un resignado ¡no hay que quejarse! de raíz estoica, pero nos

parece más adecuado a su vida y obra tomarlo como un modo de ser –¡sin discordia!– de aquel que quiere convencer con la suavidad del diálogo razonado.

Vives también se centra, conducido por su propia reflexión en el terreno de la filosofía, en una atención especial a los problemas morales y específicamente humanos que, de un modo general, llevó a los primeros humanistas a oponerse tanto al formalismo de los filósofos nominalistas de París y Oxford, como al naturalismo de cuño averroísta, de las universidades italianas de Bolonia o de Padua. Hombre verdaderamente comprometido con los problemas de su tiempo, que asume como algo propio, aporta como pensador de clara lucidez el substrato filosófico que considera clave para remediar los males de la sociedad en la que vive.

Por otra parte, su misma experiencia personal le llevó a una radical sinceridad frente a las vicisitudes de la existencia humana. Junto a esto, y a pesar de los lamentables sucesos históricos de los que fue testigo, “Vives parece tener siempre una ilimitada confianza en la capacidad de aprender del hombre si se le enseña con métodos y estímulos adecuados [...] Las ideas motrices de su obra son que la virtud es enseñable y que la verdadera cultura sólo es la que conduce a la virtud como meta” (Fontán 1975: 42). Se sirve de la experiencia adquirida y del buen conocimiento de los problemas esenciales que le ha permitido su distinguida posición entre los notables, para escribir acerca de las causas de esas dificultades y del modo de solucionarlas. A este respecto, es paradigmática la referencia que hace Vives en una de sus cartas dirigida a Erasmo de Rotterdam, fechada el 30 de agosto de 1529: “Cierto que en otro tiempo me llenaba de admiración la fama, vista de lejos, y corría tras ella; ahora, puesta a mi alcance y casi tocándola con las manos, entiendo que es una sombra totalmente vana y más vanos aún los que tratan de captarla. Si en algo puedo ser útil a la conducta de los demás, esto es en definitiva lo que tengo por sólido y duradero” (106).

La perfección estilística en el empleo de la lengua latina, en la que están escritas todas sus obras, al puro estilo clásico, verdadera obsesión en los primeros humanistas, no llegó a empañar la finalidad instrumental que tenía en Vives. Es sintomática de esta actitud la advertencia que hace a Cranevelt en contestación a una carta de éste en la que le hacía algunas recomendaciones lingüísticas después de haber leído *El socorro de los pobres* (1526): “Quisiera saber de ti -responde Vives- qué te parecen aquellas normas para el socorro de los pobres; pues me interesa más esto que el cuidado de las sílabas y vocablos” (433). Así pues, a pesar de sus abundantes escritos de carácter literario y de la consideración que tiene Vives como exponente autor estilista dentro de los clásicos del Renacimiento, hemos de ver su preocupación fundamental en el contenido de sus obras y no en la forma.

Vives es un filósofo pero, como señala García Villoslada (1987), a la manera del Renacimiento, es decir, un pensador más que un sistemático. Su principal aportación estriba, por una parte, en la importancia que da a la observación, a la experiencia, a la introspección, al razonar independiente y sin apriorismos, esto bastaría para que se le denomine con justicia “el mayor reformador de la filosofía de su época” (Lange 1984). Pero, por otra parte, destaca su exposición de la naturaleza esencialmente ética del ser humano y la intención moral de su obra, tanto en el ámbito personal como en el social.

Orígenes Familiares

Juan Luis Vives March nació en Valencia en 1492-3 y era hijo de Luis Vives Valeriola, mercader, y de Blanquina March Almenara, ambos de origen judío y descendientes de conversos en cuarta generación. La familia Vives tomó este apellido en 1391-2, cuando se convirtieron a la fe católica Abrahim Abenfaçam y su hijo Jacob, que recibieron los nombres de

Francesc y Gabriel Vives respectivamente (García 1987).

La actividad mercantil y el cobro de los impuestos reales en diversas comunidades moriscas y judías, habían ido enriqueciendo a la familia Vives en las siguientes generaciones. Por la línea materna, también recibió de los March una larga tradición de mercaderes, banqueros y recaudadores de las rentas de las tierras de los nobles valencianos.

Parientes de la familia Vives fueron condenados por la Inquisición en 1500 por judaizar. Teniendo en cuenta el rigor de la Inquisición en Valencia a partir de 1482, el que la familia estaba bajo sospecha, y el que vivían como cristianos sinceros, como muestran los testimonios de los procesos de los padres del humanista (Pinta – Palacio 1964), es razonable concluir que la infancia de Vives transcurrió al margen de ritos o doctrinas judaizantes, como era por otra parte habitual en las familias de conversos (Netanyahu 1966). Es lógico pensar que si el padre del humanista hubiera previsto un desenlace grave de sus encuentros con la Inquisición, se hubiera marchado con todos sus hijos a Flandes, patria adoptiva de otras familias de mercaderes españoles conversos.

A corta edad debió acudir Vives a la primera escuela pues años más tarde afirmaba que los niños eran introducidos en la dialéctica con la boca aún llena de leche materna y que él mismo aprendió sus rudimentos en su más tierna infancia. En uno de sus *diálogos* (*Camino de la escuela*), relata los pasos de unos muchachos en sus primeros días lectivos (II 887).

Los años de aprendizaje en el *Estudi General* de Valencia, donde comenzó los estudios de Humanidades, debieron suponer un primer encuentro con las materias más sólidas de la Filosofía, con las nuevas ideas del movimiento humanista y con el rechazo que estas provocaban, al menos inicialmente, en los profesores más conservadores. Juan Luis Vives marchó hacia París en 1509, a la edad de dieciséis o diecisiete años, para estudiar Artes en aquella universidad, alejándose así del ambiente familiar. Fallecida su madre, Blanca, como consecuencia de una epidemia de peste, quedaba en Valencia su padre con tres hijas y un hijo, Jaime, llamado a continuar los negocios de la familia.

Luis Vives en las Aulas de París

Tradicionalmente se pensó que Vives a su llegada a París se inscribió en el colegio Montaigù, donde enseñaron el aragonés Lax y el flamenco Dullaert, que había mencionado en sus escritos como maestros suyos. Pero estudios más recientes (González González 2008) lo sitúan en el de Lisieux, donde impartía sus lecciones Juan Dolz de Castellar. En cualquier caso, una cierta dispersión, que llevaba de un profesor a otro, de las aulas de un colegio a otro, era habitual en aquel París de comienzos del XVI, donde había sido defendido desde sus orígenes el que los alumnos pudieran asistir a las clases del maestro que quisieran. Bastaba con que el estudiante se matriculara previamente en la relación particular de cualquiera de los 'regentes' de estudios para los cursos de Artes, y que éste testificara que el interesado había realizado los estudios pertinentes al finalizar el curso.

Es importante fijarse en el espíritu y contenido de la reforma religiosa de Montaigù, no sólo por la influencia general que tuvo en todo el ambiente de París durante los estudios de Vives allí sino, sobre todo, por el hondo sentido religioso que manifiesta Vives en sus obras desde el primer momento. Desde finales del siglo XV se había ido difundiendo en París la *devotio moderna*, una corriente espiritual anti-intelectualista y afectiva (García Villoslada 1938). Las obras que difundieron más esta corriente fueron las *Meditaciones* del Pseudo-Agustín, los escritos de San Bernardo, la *Imitación de Cristo* de Kempis, las obras de Gerson y otros. Impulsor y figura representativa de este nuevo misticismo en París fue Juan Standonck

(1443-1504). Llegó a ser Rector de la Universidad y director del Colegio Montaigú, donde plasmó su espíritu. Discípulos suyos en aquel colegio fueron Juan Fort y Francisco Cristóbal, recordados por Vives como amigos y compañeros de estudios. Cristóbal también aparece en el primero de sus escritos, *El triunfo de Jesucristo*. No es aventurado afirmar que quizá también Vives lo escogió como regente de sus estudios al comenzar el primer curso de Artes. Fort fue el destinatario de la carta sobre el *Higinio* y de la obra *Contra los Pseudodialecticos* (1519), en la que se mencionan los maestros nominalistas y los avatares que hubieron de padecer sus alumnos en las sufridas aulas.

Esta última obra, de 1519, aporta notas autobiográficas interesantes: el ánimo *tierno* con que Vives comenzó sus estudios en París, la hondura con que trabajó las materias y el esfuerzo *muy afanoso* que puso en su aprendizaje, y recoge la crítica más viva del humanista valenciano al sistema universitario parisino. No se rebela Vives contra la complejidad y oscuridad que implica todo discurso filosófico profundo, sino contra lo que era más característico de aquella escolástica tardía: el barroquismo dialéctico que encubría la vaciedad y superficialidad de los argumentos. En el fondo de esta crítica está haber comprobado, a lo largo de sus años como estudiante, que no había una verdadera preocupación por descubrir la verdad. Quizá habían desistido de alcanzarla, imbuidos por el escepticismo nominalista de fondo. Pero, desde luego, por ese camino nunca la descubrirían. El primer empeño, el primer consejo que da Vives, es limpiar la lengua latina de adherencias para que se pueda emplear como instrumento adecuado para comprender y hacerse entender.

La segunda crítica que hace Vives es la excesiva primacía que se otorgaba a la Lógica en el *curriculum* de los estudios y su desorbitada complejidad. Los maestros, señala, retienen y enmarañan a los alumnos en lo que debería ser instrumento para mejor razonar los argumentos de las otras disciplinas, en grave detrimento de estas. Enlaza así con una última crítica, el descuido en las aulas de París de los problemas humanos verdaderamente importantes, necesitados de estudio y solución. Desenmascaraba a los que se consideraban sabios dialécticos -no hay nadie en las aulas que grite más que ellos y hable más que ellos, “pues antes les faltará la vida que la voz”- pero, cuando se enfrentan a problemas vitales del mundo que les rodea, enmudecen. El motivo es claro: habían descuidado el estudio de aquellas artes que enseñan y forman el ánimo y la vida humana, como son la filosofía moral, la historia, la oratoria, la política y la economía. La recuperación deseada vendrá así del estudio serio, profundo, de estas disciplinas.

Inquietudes Humanistas

Juan Luis Vives se introdujo en la corriente del Humanismo fuera de las aulas, entablado amistad con algunos de los más destacados humanistas. Entre ellos destaca Guillermo Budé (1467-1540), gran representante del humanismo francés. Él mismo da testimonio de la relación que tuvo con Vives ya durante la estancia de este en París, quizá en los últimos años después de graduarse (de 1512 a 1514), pues en una carta de Budé a Vives fechada el 2 de febrero de 1519, hace referencia a correspondencia anterior entre ambos y a su mutua amistad (138-142). Sin duda estrecharon esta relación a partir del viaje de Vives a París en 1520, ya como preceptor del Cardenal Guillermo De Croÿ. La correspondencia refleja una amistad profunda y sincera. La experiencia de Budé, 26 años mayor que Vives, le facilitará abundantes orientaciones y direcciones en su trabajo (170-173).

La presencia de otro humanista, Nicolás Bérault (h. 1473-h. 1555), en uno de los primeros escritos de Vives como representante de los humanistas frente a Lax, *príncipe de los dialécticos*,

indica la proximidad y trato que tendría con Vives. Además, Guillermo Budé se refiere a él en una carta a Juan Luis Vives, fechada el 2 de mayo de 1520, en los siguientes términos: “Nicolás Bérault, varón bien conocido tuyo y de muchas personas cultas, ya que es en nuestra ciudad (París) como el guía de todos los intelectuales” (174). Sin duda fue también guía de Vives en sus primeros pasos en las humanidades e introductor suyo en el círculo de los humanistas, especialmente con Erasmo de Rotterdam.

Así pues, podemos resumir la estancia de Vives en París señalando como un itinerario. Partió del aprendizaje al modo tradicional, según la escuela nominalista que imperaba en París, de la Lógica, la Dialéctica, la Filosofía de la naturaleza y la Filosofía moral, que le facilitó el conocimiento básico de estas materias. Al mismo tiempo, fue desarrollando un rechazo grande contra la exclusividad del sistema. Paulatinamente, a medida que su desencanto por la filosofía nominalista iba creciendo, fue descubriendo a los clásicos, que pudo estudiar directamente, según la nueva forma renacentista, de la mano de Bérault. Este, además, le infundió los principios generales del Derecho y de la justicia legal, que luego reflejará con frecuencia en sus obras. Al mismo tiempo, el contacto con la *devotio moderna* avivó sus inquietudes espirituales y le formó en un alto sentido moral. Por último, la profundización en la lectura de las obras de Erasmo le uniría ya, al menos intencionalmente, a la nueva corriente del humanismo característico del noroeste europeo.

Vives en los Países Bajos

Desde 1512, según el propio testimonio de Vives, comenzó a viajar con cierta frecuencia a Brujas, en el vecino Flandes. No era una idea descabellada ni infrecuente entre los españoles de París. Flandes se había unido a la corona española desde el matrimonio de Juana de Castilla, hija de los Reyes Católicos, con Felipe el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano. La muerte del infante don Juan de Castilla y de Felipe el Hermoso en 1506, unía ambos territorios en Doña Juana y, por incapacidad de esta, en su hijo Carlos. Hasta 1517 vivirá en Flandes el príncipe Carlos, llamado a regir los destinos de media Europa.

Con antelación, Brujas y otras ciudades de los Países Bajos como Amberes, Gante, etc., habían recibido una abundante colonia de mercaderes españoles que veían necesario estar presentes en esos poderosos centros comerciales del norte de Europa y que actuaban como contratistas en las relaciones de los mercaderes hispanos con la liga comercial de la Hansa. Un español no se sentía extranjero en Flandes, donde la lengua y cultura de su país había echado raíces hondas (Goris 1925).

La actividad del humanista durante estos años (1512-1514) se divide entre París y los Países Bajos. En París, impartiendo algunas lecciones, como dan a entender las *Prelecciones* que mandó editar y, sobre todo, profundizando en el estudio de los clásicos de la mano de Bérault y Budé, y gestionando la publicación de sus primeras obras en la imprenta.

Vives, desde su partida más definitiva de París en 1514 hasta su muerte en 1540, conoció y visitó muchas ciudades de los Países Bajos pero, sobre todas las demás, destaca Brujas. Hizo de esta ciudad de Flandes su segunda patria, como declara en la dedicatoria del *El socorro de los pobres* (1526), recogida en el *Epistolario*, a los Burgomaestres y al Senado de la ciudad: “aunque me sea de algún modo extraña esta ciudad, me siento tan aficionado a ella como a mi propia Valencia, y no le doy otro nombre que el de *mi patria*, porque llevo ya catorce años viviendo en ella, aunque no de continuo, pero siempre acostumbrado a volver aquí como a mi casa” (422).

Es probable que Vives residiera en la Calle de los Españoles donde, según la tradición que

se conserva en Flandes, lo encontró Ignacio de Loyola en el viaje que hizo a Brujas en 1529. Fueron presentados por un acaudalado comerciante, Gonzalo de Aguilera, que vivía con su mujer Ana de Castro en un extremo de la misma calle (García Villoslada 313).

Pronto comenzó su amistad con ciudadanos ilustres, sobre todo afines por sus inquietudes humanistas, como Marcos Laurin (1488-1540), Presidente del Cabildo de Brujas, con Juan Fevyn (1490-1555), también canónigo, y con Francisco Cranevelt (1485-1564), jurisconsulto de Nimega afincado en Brujas, nombrado miembro del Consejo del Senado de Malinas, que sería *el mejor amigo* de Vives, *el más inquebrantable, integerrimo*, que todos estos calificativos le dedica en su abundante correspondencia.

A través de estos y siempre bien acogido como humanista de prestigio, pronto fue conocido y estimado en la corte. En 1516 los *Jurats* de Valencia acuden a él ya como hombre influyente. Se dirigen a él como “muy erudito y no menos atento varón y filósofo dignísimo, maestro Luis Vives, residente en la Corte Real y cortesano de la misma” (116). Hacen referencia en la carta a otras anteriores de Vives y al encargo que le hicieron de apoyar en la corte un requerimiento que el Consejo valenciano hizo al joven rey para atajar unos abusos en el Estudi General. El príncipe Carlos había asumido el gobierno de los Países Bajos al cumplir la edad establecida para ello en 1515 y tras la muerte del rey Fernando, el 23 de enero de 1516, fue proclamado rey de España. La fama adquirida y la misión encomendada, bien asumida por Vives, son muestra de la buena posición que había adquirido en la corte.

Venturoso Futuro

Juan Luis Vives, a sus 24 ó 25 años, debía haber consolidado una notable fama de hombre prudente entre los humanistas y en la corte. Sólo así se explica que el Señor de Xèvres, principal ministro del rey Carlos, lo eligiera en 1517, entre muchos otros candidatos, como preceptor y maestro de su sobrino, llamado también Guillermo De Croÿ, entonces de diecinueve años, que era obispo de Cambrai, persona de gran valía humana y de un provenir que se adivinaba de mucha trascendencia. En efecto, ese mismo año 1517 fue nombrado Cardenal y en 1519 Arzobispo de Toledo y Primado de España, cargo al que el rey Carlos unió el de Canciller de Castilla. Pronto tomó Juan Luis Vives una gran estima al cardenal De Croÿ, por su piedad, el empeño que ponía en sus estudios y por su sincero interés por resolver la difícil situación de la Iglesia. Después de una temporada en Cambray, sede del obispado de De Croÿ, y quizá después de la ceremonia de la entrega del capelo de cardenal, Vives se unirá a su séquito para establecerse en Lovaina, en cuya universidad el joven prelado debía acabar sus estudios teológicos.

Una vez allí se dedicó también a impartir algunas clases a los alumnos sobre el arte de la retórica, por medio de las declamaciones. La materia de las declamaciones eran asuntos públicos, al estilo de los oradores romanos: el hombre y su mundo, la guerra y la paz, el derecho y la ciudad. A esto se corresponden, en efecto, algunas de las obras que publica en Lovaina: *El alma del anciano* (1518), *La Fabula del hombre* (1518), *El Templo de las leyes* (1519), *La huída de Pompeyo* (1519), y las *Cinco declamaciones de Silas* (1520). No descuida en estas fechas el estudio e imitación de la lírica latina y escribe también *Sueño y vigilia* (1520), una obra, según escribe en sus cartas, “para la formación e instrucción del Príncipe perfecto en el gobierno del Estado, ya que no hay en toda la filosofía ocupación más noble y más divina que esta” (168).

En Lovaina, Vives frecuentó el trato de humanistas de renombre. Pero, sobre todos con los que Vives tuvo una relación personal allí, destaca la figura de Erasmo de Rotterdam (1469-

1536), maestro de maestros, que desde 1517 a 1521 residirá en la ciudad coincidiendo con la estancia de Vives (Huizinga 1987). Desde que comenzó a tratarle personalmente, crecerá en Juan Luis Vives la admiración y estima por Erasmo, a pesar del carácter peculiar del maestro holandés. Le llama en una carta “su maestro, digno de todo respeto, (a quien) saluda entrañablemente” y le califica “el más docto y el mejor de mis amigos” (186). Expresiones que siempre encontrará Erasmo en boca de Vives, a pesar de que el tiempo, el espacio y los distintos intereses de ambos les vaya separando. De Erasmo aprendió elementos medulares, sobre todo si lo ciframos en la fórmula *pietas erudita*: la unión íntima entre el estudio intenso y la profunda religiosidad. Le uniría también a él el pacifismo, el antidogmatismo, la llamada a una espiritualidad interior, con la consiguiente poca simpatía por la fe del carbonero y el mero ritualismo (González González 2008). Aunque, sin duda, Vives era más filósofo que teólogo y filólogo.

El venturoso futuro que se deparaba a Vives junto a su pupilo tuvo trágico final por la inesperada muerte del joven Cardenal de Croÿ, a los 23 años, como consecuencia de una caída de caballo ocurrida el 10 de enero de 1521. La huella que causó en Vives esta dolorosa pérdida fue enorme. Abatido por la tristeza cayó enfermo, acudió a Brujas, su patria de adopción, y se acogió allí a la hospitalidad que le proporcionó su amigo Pedro de Aguirre.

Años Difíciles

Los años siguientes serán de gran pesar para Vives, llenos de dificultades e inseguridad. Erasmo le encarga la traducción y comentario de los veintiún libros de *La Ciudad de Dios* de San Agustín. La extensión y dificultad de la tarea, la urgencia desabrida con que se la reclama Erasmo y su estado de ánimo hacen que su salud se quebrante aun más.

Una carta llegada desde Valencia desató en el alma de Juan Luis Vives una nueva tormenta. Así, escribe a Cranevelt el 4 de enero de 1523:

He sabido que el único de mis hermanos ha muerto el día de San Juan Evangelista; pero la suerte no queda contenta con este golpe, me dicen que mi padre está también enfermo de mucha gravedad y que se muere con muy pocas esperanzas; que han entablado un pleito muy serio y con gran saña contra nuestros bienes; que sobreviven tres hermanas mías, pobres y menores de edad. [...] Con estas noticias aumentó mi angustia y la inquietud de mi espíritu, pues estoy pendiente de las cosas de España y no me atrevo a tomar una resolución definitiva para el futuro. No sé si en estas circunstancias es conveniente que vaya allí o que me quede; si les es del todo necesaria mi presencia, no lo sé; de forma que no me queda lugar ni para reflexionar. ¡Tan atados nos tiene la condición de los acontecimientos! (289)

Los hechos, quizá sospechados por Vives, sin duda eran graves. Su padre, probablemente desde 1520, se había visto requerido e investigado por el tribunal de la Inquisición, en un proceso largo que terminaría con su condena y ejecución en septiembre de 1524. Lamentablemente el motivo económico que señala Vives en su carta *-un pleito muy serio y con saña sobre nuestros bienes-* debía ser exacto. Desde 1520 la escasez se enseñoreaba en toda España y la Real Hacienda buscaba los ingresos que necesitaba imperiosamente por otros medios. Uno era el de acelerar los procesos inquisitoriales en marcha y entablar pleitos contra aquellos que durante años se habían mantenido en la sombra de la sospecha, sobre todo contra los que más ingresos pudieran aportar, pues si eran declarados culpables, sus bienes pasaban a la

Real Hacienda¹. Comprensible es la inquietud de Vives, que debía conocer bien la inexorable maquinaria de tan mermada justicia. Sufrió mucho con la persecución de que fueron objeto los suyos, sin que él pudiera hacer nada por ayudarles.

Amigo de todos los grandes de este mundo y del propio Inquisidor General, no encontró manera de detener la máquina de unos tribunales, de los que se quejaba tan enérgica como amargamente en 1529, en el prólogo de su libro *Sobre la pacificación*, dedicado al propio Inquisidor General, Alonso Manrique, Obispo de Sevilla, justamente al año siguiente de finalizar el penoso proceso contra la fama y memoria de la madre del humanista:

A estas prendas de tan gran valor para servir a la paz, hay que agregar tu oficio de inquisidor de los herejes, el cual, al ser tan alto y tan peligroso, si no se sabe bien su finalidad, pecará el que lo ejerce tanto más gravemente cuanto de tal ejercicio pende la salud, la fortuna, la fama y la vida de muchos. Es cosa extraña el que se haya concedido tal atribución a un juez, que no carece de pasiones humanas, y a un acusador, que a veces es movido a levantar una calumnia por el odio, la perspectiva de obtener algo o por alguna otra mala apetencia. (1978: 401)

Estos procesos, sin embargo, no dejaron en sus obras un especial poso de amargura o rencor. De haberlo, sin duda se reflejaría, sin que quepa un ocultamiento de sus verdaderos sentimientos por el natural sincero de sus escritos -*pues detesto enormemente hablar de otra manera diferente de lo que siento*, dirá en la primera de sus cartas que conservamos (106) - y por las abundantes ocasiones que tuvo de manifestarse abiertamente crítico en un ambiente religioso y político, los años del cisma protestante y del de la Iglesia de Inglaterra, que podrían haber facilitado al máximo una postura radical por su parte.

De sus tres hermanas, Isabel Ana, nacida en 1507, casó con Luis Amorós de Vera; Leonor, nacida en 1502-3, casó con el Magnífico Juan Bautista Dezlor, caballero de Valencia; y la mayor, Beatriz, nacida en 1499, se reunió con Vives en Brujas en 1531. Juan Luis continuó pendiente de ellas a través de sus conocidos de España como Honorato Juan, amigo muy querido que fue profesor de la Universidad de Valencia, preceptor del príncipe Carlos y Obispo de Osma.

Juan Luis Vives en Inglaterra

Su propio testimonio epistolar nos dice que en 1523 decidió volver a España en barco a través de Inglaterra, pues Francia y España estaban en guerra (314-315). Es difícil fijar las

¹ Ejecutado su padre en 1524, las hermanas de Luis Vives reclamaron la parte de la hacienda paterna que les correspondía por herencia de su madre. En 1524, ratificada en 1527, obtuvieron sendas sentencias del tribunal de la Inquisición a su favor y en contra de Cristóbal de Medina, "Receptor de los bienes incautados por el Santo Oficio pertenecientes a la Cámara y Fisco Real de Su Majestad por el crimen de herejía"; por ella la Hacienda se veía obligada a devolver a las hijas los bienes heredados de su madre. Estas lograron cobrar de Cristóbal de Medina parte de lo que les correspondía en febrero de 1528. Pero la Hacienda no se daba por vencida. El 12 de septiembre de ese mismo año 1528, el fiscal promotor del Santo Oficio inició un nuevo proceso contra la fama y memoria de Blanquina March, fallecida veinte años antes, acusándola de judaizar. Si se la declaraba culpable, sus bienes seguirían en poder de Hacienda y se anularía la devolución a las hijas. El desdichado proceso se fundó en testimonios de tres ancianas entre 55 y 60 años, que estaban en la cárcel acusadas a su vez de judaizar, y por otros tres testimonios escritos de otros tres condenados que habían sido ejecutados años antes. La defensa alegó la condición de las testigos, mujeres frágiles y variables, de poca memoria, sobre hechos ocurridos hace mucho tiempo, la de los testimonios escritos, que procedían de personas abjuradas y que fueron obtenidas "en tormentos" y mostraron la mendacidad y dolo de esos testimonios por no coincidir con la realidad de los hechos ni en tiempos, edades ni circunstancias. Al mismo tiempo, la defensa aportó muchos testimonios en favor de Blanca March. Todo en vano, se dictó sentencia condenatoria el 21 de diciembre de 1529. Se incautaron un censal de 109 libras de propiedad y 109 sueldos de pensión anual. El receptor fue Cristóbal de Medina (Pinta-Palacio).

circunstancias que llevaron a Vives a quedarse en Inglaterra y no continuar el viaje comenzado. Lo cierto es que el 11 de Noviembre de 1523 escribe a Cranevelt desde Oxford, ya incorporado a esa universidad (326-330).

El aprecio de los reyes de Inglaterra, Enrique VIII y Catalina de Aragón, había ido aumentando en los últimos meses. Enrique contestó en términos muy elogiosos su dedicatoria a los comentarios de la obra de San Agustín, ofreciéndole su patronazgo (293). Vives dedicó a la reina Catalina su obra *La instrucción de la mujer cristiana*, también en términos de buena amistad. Para el espíritu abatido de Vives debió suponer como una tabla de salvación escuchar el ofrecimiento que le hacía Wolsey por la mediación de Tomás Moro: hacerse cargo de la cátedra de Latín y Griego que había dejado vacante en el Colegio Corpus Christi de Oxford el reciente fallecimiento del maestro Lupset. Además, en aquellos años, Enrique VIII se presentaba como el único capaz de mediar entre los belicosos y jóvenes Carlos V y Francisco I de Francia para traer la paz a Europa. El rey Enrique acababa de publicar una obra contra los protestantes en defensa de la fe cristiana y su amor por la reina Catalina parecía firme tras diecisiete años de feliz matrimonio, con la sola falta de un descendiente varón.

En 1524 escribe la *Introducción a la Sabiduría* y el *Cortejo del alma*, obras sapienciales sobre el cuerpo y el alma, la virtud y el vicio, la religión y Cristo, la vida cotidiana, el trato con los hombres, la guía de la propia conducta.

Aunque continuará trabajando en Oxford, su presencia es requerida con más frecuencia en la corte. Los reyes le encargan la educación de su hija, la princesa María Tudor quien, años después, cuando fue reina mandará acuñar otro lema de Vives: *Veritas temporis filia*, la verdad es hija del tiempo (Voosters 2007). Su trato con los reyes y principales será el de un miembro más del cortejo real, como señala a Cranevelt en carta un amigo común de ambos, Juan Fevyn: “nuestro amigo Vives está instalado en el palacio real, con el rey y la reina, el cardenal y los principales de la corte. [...] Dice que con el cardenal, con el rey y con la reina mantiene conversaciones con frecuencia” (384). El testimonio de sus cartas nos muestran una creciente amistad con la reina Catalina, que pronto lo tuvo como confidente y consejero. La salud no acompaña, sin embargo, a este remanso de paz en sus estudios.

Durante estos meses en la corte Vives trabó amistad con un notable grupo de humanistas ingleses -Fisher, Linacre, Tunstall, Latimer, Claymond, Mountjoy, Pace²,...- entre los que destacaría con fuerza Tomás Moro (1478-1535).

Frecuentó a menudo el hogar de los Moro y se sintió fuertemente atraído tanto por sus ideas en el campo de la filosofía política como por el tono culto, entrañable y alegre de su familia. Ambos aspectos tendrán una notable repercusión en el ánimo de Vives, que cuajará en dos cambios importantes en su vida sucedidos en 1524. El primero fue su matrimonio con Margarita Valdaura, meditado largamente y decidido en estos momentos. La boda se llevó a cabo en Brujas el 26 de Mayo. Así lo anunciaba en carta, semanas antes, a Cranevelt:

Será mi mujer una hija de Bernardo Valdaura. En ella no he mirado ni sus bienes ni su hermosura, sino solamente su formación sencilla y honesta bajo la dirección de su madre y de su abuela, señoras ejemplarísimas; también la bondad de su padre y mi trato y permanencia de doce años en su casa. Y como ciertamente en este asunto me he puesto como objetivo a Cristo, espero que El hará que no tenga que arrepentirme nunca de esta mi determinación. (357)

² Agradezco a la profesora Catherine Curtis que haya aclarado la confusión de Richard Pace, Dean de San Pablo, embajador y secretario de Enrique VIII con Richard Pate, joven alumno de Vives (117).

El segundo cambio fue la orientación de sus escritos. Podemos afirmar, con Watson, que “el acercamiento de Vives a Moro tuvo por base una actitud común que consistía en un llamativo amor a la humanidad” (Watson 1918: 248). Este interés se reflejará de un modo inmediato en su compromiso personal con los problemas sociales, más presente desde entonces en su vida y en sus obras. Vives reflejará algunas de estas características en *El socorro de los pobres* (1526) y en otros escritos de estos años. Atento, como siempre, a los acontecimientos internacionales, escribirá dos largas cartas a Enrique VIII sobre la situación política europea: *A Enrique VIII, rey de Inglaterra, sobre la captura del rey de Francia* (Oxford, 12.III.1525) y *A Enrique VIII sobre la administración del reino, la guerra y la paz* (Brujas, 1525). Estas cartas fueron publicadas junto con la que había dirigido en 1522 al Papa Adriano VI. A ellas se sumó *La insolidaridad de Europa y la guerra contra el turco*, alegato de Vives ante el peligro que amenazaba Europa por el este. Estas últimas obras de Vives se publicaron en Brujas en 1526, bajo el título general de *De Europa dissidiis et Republica* en lo que se ha llamado *Summa politica vivista* (Fontán 1986: 31-32).

A partir de 1527 Vives es testigo del desarrollo, con una fuerza y pasión inusitada, del lamentable divorcio de Enrique VIII, solicitado formalmente ante las autoridades eclesiásticas después de largos meses de público adulterio. El humanista apoyó decididamente la causa de la reina y por ello fue puesto en custodia por orden del rey y expulsado de Inglaterra. La suerte de Moro resultó peor pues, nombrado Gran Canciller de Inglaterra, fue decapitado en 1535.

Últimos Años

Durante todos estos años, Vives puso todo el esfuerzo que le fue posible para lograr la deseada paz en Europa. Alentó al Papa en la convocatoria de un concilio general de la Iglesia que debatiera la cuestión protestante. Sugirió la formación de un frente común contra la amenaza turca que aunase los ejércitos de las naciones beligerantes e impidiera al mismo tiempo las luchas fratricidas entre príncipes cristianos. Además, no dejó de apelar a los desastres de las guerras y a sus nefastas consecuencias para los pueblos, en sus cartas a los soberanos implicados y en la mayor parte de sus obras. Es en *Sobre la concordia y discordia en el género humano* (1529), el primero de sus grandes tratados publicados con posterioridad a su estancia en Inglaterra, donde mejor expone el desarrollo de su pensamiento sobre las causas de las guerras y los medios para conseguir la paz. La última etapa de la vida del humanista valenciano, desde su regreso a Brujas hasta su muerte (1528-1540), es la época de su mayor madurez intelectual y de más profundidad en sus escritos. Vives se había convertido en un miembro significativo del círculo erasmista, una referencia necesaria para poder entender el Humanismo de los Países Bajos e Inglaterra (Noreña 1978).

La religiosidad de Vives, interior, personal, ha quedado bien plasmada en la *Meditación de la Pasión de Cristo en el Salmo XXXVII* (Brujas, 1529), obra que escribió a petición del preboste de San Donaciano de Brujas con motivo de la rápida propagación en la ciudad de una enfermedad mortal que hizo estragos entre la población. Años más tarde publicará *Estímulos del alma hacia Dios* (Amberes, 1535), llena también de una honda piedad religiosa que, aunque se refleja en la mayor parte de sus obras, no aparece como algo forzado sino que se manifiesta con una sencilla naturalidad.

Su vida universitaria, como alumno en París y como maestro en Lovaina y Oxford, su paulatina profundización en los autores clásicos y sus relaciones personales con los humanistas del norte de Europa, su preocupación por todos los problemas sociales y políticos de su tiempo, y su propia experiencia personal al lado de los que entonces regían los destinos de Europa, le

capacitan para ofrecer una visión completa de lo que ha de ser la tarea de un filósofo, de un humanista, como maestro de la verdadera sabiduría. En este contexto se sitúa la redacción de *Las Disciplinas* (1531), obra enciclopédica en la que quiso recopilar todo su pensamiento sobre las diversas materias a las que se aplica el entendimiento humano así como su desarrollo y modo de aprendizaje.

Vives enseña que la virtud es una perfección del ser humano en cuanto tal y que el empeño por vencer la ignorancia ha de ir parejo con el esfuerzo por dominar el desorden de las pasiones y adquirir las virtudes. El objeto final de su filosofía es mover a la práctica de la virtud –la virtud es enseñable, insiste– y no a la vana erudición. De este modo, el ser humano irá adquiriendo en esta vida su máxima perfección moral, que alcanzará total en la vida eterna.

En 1538 y 1539 encontramos a Vives en una nueva ciudad, Breda, ocupándose de dirigir los estudios de Mencía de Mendoza, marquesa de Zenete, casada entonces con el conde de Nassau (Vosters). También se encargó de asesorarla en la adquisición de libros y obras de arte. Vives se había referido quince años antes a ella en su obra *La instrucción de la mujer cristiana*: “En mi Valencia veo yo como va creciendo en discreción y en años doña Mencía de Mendoza, hija del Marqués de Zenete, que, si no me engaña la esperanza, será loada en su día”. Quedó viuda del conde de Nassau en 1538, precisamente coincidiendo con la estancia de Vives en su palacio de Breda, y doña Mencía volvió a casar tres años después, en 1541, con el duque de Calabria, don Fernando de Aragón, virrey de Valencia.

En Breda escribe el humanista sus famosos diálogos con el nombre *Ejercicios de lengua latina*, que redacta como método de latín para el príncipe Felipe, hijo de Carlos V, futuro rey de España. En Breda verán también la luz dos obras menores y otro de sus grandes estudios, *El alma y la vida*, verdadero tratado acerca de las pasiones, la sensibilidad y el espíritu humano en la unidad de su ser cuerpo y alma.

Con su propio cuerpo aprisionado por el mal de gota pero el espíritu libre y activísimo, Vives acomete por último la redacción de *La verdad de la fe cristiana*, con la que quiere coronar toda su obra, publicado como escrito póstumo en 1543. En la dedicatoria al Papa Pablo III, su íntimo amigo Cranevelt explica que, “apenas terminado (este tratado), los dolores de cálculo, de la podagra y de la fiebre, librándole de los suplicios del cuerpo, lo arrebataron de sus trabajos a los cuarenta y ocho años de edad, agotado, como es mi opinión, por sus incesantes esfuerzos en pro de sus estudios, ya que nada había para él más grato en esta vida”.

La ciudad de Brujas lloró su muerte ocurrida el 6 de mayo de 1540 y le ofreció el homenaje de unos solemnes funerales. Andrés Schott, humanista de Amberes, compuso años más tarde en su honor un epitafio que comenzaba *Vives, tu fama vivirá eternamente viva*. En la iglesia de San Donaciano, titular del Preboste de la ciudad, la autoridad eclesiástica de más alta dignidad en la época, más tarde destruida y en cuyo solar existe hoy un parque público, fueron enterrados Juan Luis Vives y su fiel esposa, Margarita Valdaura, que compartió esta misma sepultura doce años después, el 11 de octubre de 1552.

Vives, en fin, ha aportado el fundamento antropológico y ético del Humanismo. Su pensamiento se fue forjando en diálogo con los acontecimientos de los que era protagonista y, para valorar la impronta que estos sucesos dejaron en su ánimo, es esencial acudir a sus abundantes obras, en las que se muestra sereno y animoso, hasta con buen humor. Siempre mostrará una plena confianza en la capacidad del entendimiento humano para alcanzar la verdad, aportando razones, *sine querella*, para que reine en todos la concordia.

Obras citadas

- Curtis, Catherine. "The social and political thought of Juan Luis Vives". En Fantazzi, Charles. *A companion to Juan Luis Vives*. Leiden-Boston: Brill, 2008, 113-176.
- Fontán, Antonio. "Juan Luis Vives, un español fuera de España." *Revista de Occidente* 145 (1975): 37-52.
- . "La política europea en la perspectiva de Vives." En *Erasmus in Hispania, Vives in Belgio. Colloquia Europalia, I. Acta colloquii Brugensi 1985*. Lovaina: Peeters, 1986, 27-73.
- García Villoslada, Ricardo. "El Humanismo europeo de Juan Luis Vives." En Miquel Batllori. *Humanismo y Renacimiento. Estudios hispano-europeos*. Barcelona: Ariel, 1987, 1-51.
- García Villoslada, Ricardo. *La Universidad de París durante los estudios de Francisco de Vitoria (1507-1522)*. Roma: Analecta Gregoriana, 1938.
- . *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía*. Madrid: BAC, 1986.
- García, Angelina. *Els Vives: una família de jueus valencians*. Valencia: Tres i Quatre, 1987.
- González González, Enrique. "Juan Luis Vives, Works and days". En Fantazzi, Charles. *A companion to Juan Luis Vives*. Leiden-Boston: Brill, 2008, 15-64.
- Goris Jan Albert. *Les colonies marchandes méridionales (Portugais, Espagnols, Italiens) à Anvers de 1488 à 1567*. Lovaina: Imp. des trois Rois, 1925.
- Huizinga, Johann. *Erasmus*. Barcelona: Salvat, 1987.
- Lange, Annemarie. *Luis Vives*. Madrid: La España moderna, 1894.
- Netanyahu, Benzion. *The Marranos of Spain. From the Late XIVth to the Early XVth Century, According to contemporary Hebrew Sources*. Nueva York: American Academy for Jewish Research, 1966.
- Noreña, Carlos G. *Juan Luis Vives*. Madrid: Paulinas, 1978.
- Pinta Llorente, Miguel de la, & Palacio y de Palacio, José María de. *Procesos inquisitoriales contra la familia judía de Juan Luis Vives. I Proceso contra Blanquina March, madre del humanista*. Madrid-Barcelona: Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1964.
- Vives, Juan Luis. Lorenzo Riber ed. *Diálogos. Exercitatio linguae latinae*. En *Obras Completas*. Madrid: Aguilar: 1947-8. 2 vols.
- . José Jiménez Delgado ed. *Epistolario*. Madrid: Editora Nacional, 1978.
- . Enrique Rivera trad. *De la concordia y de la discordia. De la pacificación*. Madrid: Paulinas, 1978.
- Vosters, Simón A. *La dama y el humanista: doña Mencía de Mendoza y Luis Vives entre Flandes y Valencia*. Murcia: Nausícaä, 2007.
- Watson, Foster, *Les relacions de Joan Lluís Vives amb els anglesos i amb l'Anglaterra*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 1918.